

TEXTO:

EN LA LADERA DE LA MONTAÑA

Jesús no había entrado aún en la casa: permanecía fuera, hablando todavía con el padre del muchacho del que había expulsado un espíritu, y este, recuperado el sosiego, participaba también en la conversación. Dentro, el grupo de discípulos comentaba la respuesta que las había dado el Maestro al preguntarle por qué ellos no habían sido capaces de expulsar al espíritu:

- Esa clase sólo sale a fuerza de oración –les había dicho.

Pedro, que había subido con él al monte, recordaba que había sido precisamente durante la oración cuando Jesús se había transfigurado ante ellos.

- ¿Por qué no va a tener poder la oración para transfigurar también la vida de ese niño? Él y su padre estaban en la oscuridad y Jesús ha hecho llegar hasta ellos la luz de la sanación. Por eso ha dicho que, al que cree, todo le es posible.

Entre todos hacían memoria de las palabras y demandas del padre del muchacho: recordaban que, más que hablar, había emitido un grito, como alguien tocado en su nivel más profundo:

- ¡Creo! ¡Ven en ayuda de mi falta de fe!

Ya ni siquiera decía “nosotros”, vinculando su suerte a la de su hijo, sino que hablaba de sí mismo, reconociendo su no fe. Sin embargo estaba manifestándose también como creyente porque si no fuera así, ¿cómo iba a pedir socorro a otro? Su petición expresaba algo que iba más allá de conseguir la sanación de su hijo: se había dirigido a Jesús apelando a su compasión, como si, por debajo de su poder, hubiera descubierto en él a alguien capaz de conmoverse.



Tomás escuchaba con rostro sombrío e intervino para confesar que él sentía su propia fe tan vacilante como la de aquel hombre:

- No debía de fiarse demasiado de Jesús, puesto que le dijo: “Si algo puedes...”, y luego había reconocido que le faltaba fe. Cuando dijo eso, pensé que no la estaba pidiendo solamente para su hijo, sino que exponía ante él su propia vida, dividida en un combate interior: quería creer, pero se reconocía incapaz de vencer su incredulidad. Así me siento yo a veces, y

además ni siquiera estoy seguro de en qué consiste esa fe que Jesús reclama...

Esta vez fue Juan quien habló. Había permanecido silencioso desde la bajada del monte, pero ahora tomó la palabra:

- Me parece que creer y no creer pueden mantenerse juntos, nunca estamos libres de esa amenaza de la no fe. Y lo único que podemos hacer es lo que ha hecho el padre del muchacho: llevar todo eso al encuentro con Jesús. Cuando él le ha dicho: "Todo es posible para el que cree", ese hombre ha sentido que él carecía de esa fe, pero en vez de quedarse paralizado se ha atrevido a expresar su verdad y a suplicar la ayuda de Jesús. Por sí mismo no podía encontrar salida, pero ha buscado un camino: dirigirse al Maestro, convencido de que existía en él una ternura capaz de responder a su sufrimiento.

Y entonces Jesús le ha hecho descubrir el poder que reside en la impotencia: para él, la fe consiste en que, en vez de apoyarnos en nosotros mismos, nos abramos sin reserva a Otro. Y ese Otro es Aquel cuya voz hemos oído en el monte: "Este es mi Hijo amado. Escuchadle". Jesús ha tomado de la mano a ese hombre vuelto hacia él y le ha llevado más allá, hasta que su relación ha quedado atravesada por la relación con el Padre. ¿Y no será esta experiencia de transfiguración lo que busca en cada uno de nosotros?



#### CUESTIONES:

**Esta historia es mi historia.** También yo digo con frecuencia: "Creo, Señor, pero ¡ven en ayuda de mi falta de fe!". Y me ocurre, misteriosamente, que, cada vez que reconozco esa fragilidad de mi fe, experimento más fuerza y más ánimo. Quizá por eso Pablo decía; "Cuando soy débil, entonces soy fuerte" (2 Cor 12,10).

**Compartiendo nuestra fe.** Recordamos las palabras del cardenal Newman: "Fe es la capacidad de soportar dudas"; las de Karl Rahner: "Ser creyente es encajar animosamente la vida"; y las de R. M<sup>a</sup> Rilke: "Hay que acostumbrarse a convivir con las preguntas...". Contarnos cómo resuenan entre nosotros esas afirmaciones y qué "nutrientes" necesita nuestra fe para fortalecerse.

## **BUENA NUEVA. Mc 9,14-29:**

Cuando regresaron a donde estaban los discípulos, los encontraron rodeados de una gran multitud, y algunos maestros de la ley discutían con ellos. Al ver a Jesús, todos corrieron a saludarle llenos de admiración. Él les preguntó: –¿Qué estáis discutiendo con ellos? Uno de los presentes contestó: –Maestro, te he traído aquí a mi hijo, porque tiene un espíritu que le ha dejado mudo. Dondequiera que se encuentre, el espíritu se apodera de él y lo arroja al suelo; entonces echa espuma por la boca, le rechinan los dientes y se queda rígido. He pedido a tus discípulos que expulsen ese espíritu, pero no han podido. Jesús contestó: –¡Oh, gente sin fe!, ¿hasta cuándo habré de estar con vosotros? ¿Hasta cuándo habré de soportaros? ¡Traedme aquí al muchacho! Entonces llevaron al muchacho ante Jesús. Pero en cuanto el espíritu vio a Jesús, hizo que le diera un ataque al muchacho, que cayó al suelo revolcándose y echando espuma por la boca. Jesús preguntó al padre: –¿Desde cuándo le pasa esto? –Desde niño –contestó el padre–. Y muchas veces ese espíritu lo ha arrojado al fuego y al agua, para matarlo. Así que, si puedes hacer algo, ten compasión de nosotros y ayúdanos. Jesús le dijo: – ¿Cómo que ‘si puedes’? ¡Para el que cree, todo es posible! Entonces el padre del muchacho gritó: –Yo creo. ¡Ayúdame a creer más! Al ver Jesús que se estaba reuniendo mucha gente, reprendió al espíritu impuro diciéndole: –Espíritu mudo y sordo, te ordeno que salgas de este muchacho y no vuelvas a entrar en él. El espíritu gritó e hizo que al muchacho le diera otro ataque. Luego salió de él dejándolo como muerto, de modo que muchos decían que, en efecto, estaba muerto. Pero Jesús, tomándolo de la mano, lo levantó; y el muchacho se puso en pie. Luego Jesús entró en una casa, y sus discípulos le preguntaron aparte: - ¿Por qué nosotros no pudimos expulsar ese espíritu? Jesús les contestó: –A esta clase de demonios solamente se la puede expulsar por medio de la oración.

## **ORACIÓN: EL DIOS DE LA FE**

En medio de la sombra y de la herida  
me preguntan si creo en Ti. Y digo:  
que tengo todo, cuando estoy contigo,  
el sol, la luz, la paz, el bien, la vida.

Sin Ti, el sol es luz descolorida.  
Sin Ti, la paz es un cruel castigo.  
Sin Ti, no hay bien ni corazón amigo.  
Sin Ti, la vida es muerte repetida.

Contigo el sol es luz enamorada  
y contigo la paz es paz florida.  
Contigo el bien es casa reposada  
y contigo la vida es sangre ardida.

Pues si me faltas Tú, no tengo nada:  
ni sol, ni luz, ni paz, ni bien, ni vida.



*(José Luis Martín Descalzo)*